

Reflexiones en torno a las alternativas a la barbarie imperialista ¿Socialismo en el siglo XXI?

Isabel Rauber

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la visión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos.

C. Marx y F. Engels Manifiesto del Partido Comunista

INDICE

¿Socialismo en el siglo XXI? 1

I. Crear una nueva civilización humana

*Se trata de una larga transición que nace en las entrañas del capital
Un profundo cambio ético cultural es indispensable*

II. Elaborar estrategias concretas para frenar la barbarie actual

Estar atentos al advenimiento de la posibilidad u oportunidad

III. Construir un nuevo tipo de poder y democracia

*Reconocer y profundizar los derechos ciudadanos individuales y colectivos
Redefinir la política y quiénes la hacen*

IV. Instalar otro imaginario social

*Disputarle los sueños y la fantasía al capital
Construir una nueva mística*

Bibliografía empleada

I. Crear una nueva civilización humana

El mundo en que vivimos, marcado por el modelo consumista competitivo de la civilización (capitalista) occidental, se agota aceleradamente. No obstante, para mantener su modo de vida y sus ganancias, las cabezas del poder pretenden apropiarse de la totalidad de recursos energéticos, de la biodiversidad, controlando los territorios donde estos se encuentran y –obviamente– a los seres humanos que los habitan. Como señala Leonardo Boff, “...Bush apunta a establecer la ‘pax americana’ y uniformizar el mundo bajo los moldes del estilo de vida norteamericano. Después del 11 de septiembre decidió que eso se hará utilizando la fuerza. Nadie podrá desafiar esta pretensión, de lo contrario conocerá, de inmediato, el poder avasallador de Estados Unidos. De este modo, Bush prolonga y lleva hasta las últimas consecuencias la marca intrínseca del paradigma occidental: la voluntad de someter a todo el mundo, vale decir, de implantar un imperio universal. En concreto, la así llamada globalización, no es otra cosa, sino la occidentalización, u occiintoxicación del mundo.” (2)

Esto nos amenaza a todos de muerte. Es precisamente la contradicción vida muerte la que caracteriza el antagonismo fundamental de nuestra época; a través de ella se expresan hoy las contradicciones de clases y otras a ella directamente articuladas, todas encuentran ahora, en este ámbito, nuevas

dimensiones y aristas de existencia y expresión. La contradicción vida-muerte contiene a la de clase, y la caracteriza y proyecta de un modo muy específico, en donde lo defensivo adquiere un carácter predominante. Esto replantea la concepción (la posibilidad y la necesidad) de la ofensiva de la clase con modos y grados diferentes de conformación, organización y desarrollo respecto de la correspondiente a la época del capitalismo predominante en los siglos XIX y XX.

Un debate histórico concreto

Hoy, la lucha por la sobrevivencia y la defensa de la vida conforman el eje central primero de toda acción de resistencia de la clase y los pueblos todos frente al avance de los apetitos irracionales destructivo agresivos del capitalismo neoliberal global, y también, por tanto, de las luchas por la transformación radical de la sociedad encaminadas a superar la lógica de funcionamiento destructivo del capital, quebrándola desde la raíz.

En su locura destructiva desenfrenada el capitalismo neoliberal globalizado pone a la humanidad al límite respecto de sí misma, desafiándonos como nunca antes a pensar en nuestra sobrevivencia. Y esto reclama la creación y construcción de nuevos parámetros histórico-culturales de pensamiento, organización y funcionamiento metabólico socio-natural. La posibilidad de sobrevivencia se anuda a la conformación de un mundo basado en la armonía de la dimensión cósmica-humana. Y esto reclama de nosotros –y urgentemente un profundo cambio de mentalidad, de actitud ante la vida y la construcción de un mundo diferente.

Los paradigmas predominantes de nuestra cultura y modo de vida nacidos y desarrollados bajo la hegemonía de esa civilización (occidental) están en crisis, y esto comprende también a los paradigmas emancipatorios socialistas del siglo XX marcados por el eurocentrismo y –por esa vía por la competencia con el capitalismo. En esa perspectiva, el socialismo entendido como formación socioeconómica superior y sucesora del capitalismo debía ser superior en todo: tener más PBI, más producción industrial, lograr colocarse en la categoría predominante de “desarrollado”, para lo cual apostó también a una explotación creciente y extensiva de la naturaleza, supuesta fuente inagotable de riquezas... Como contracara del capital, se aseguraba que el socialismo tendría mayores éxitos y ventajas. Pero esa situación de contracara, muy marcada por el reduccionismo economicista, implicó también la sobrevivencia de la lógica verticalista subordinatoria jerarquizante propia del capital, lógica que siguió siendo predominante en el período fundacional del socialismo (transición), a través del cual se profundizaron las limitaciones iniciales y –como parte de ellas la enajenación de los seres humanos, particularmente en el comportamiento y la construcción social-política.

Hoy, la profundidad de las contradicciones del capital que potencian su irracionalidad destructiva, y las experiencias socialistas vividas, reclaman pensar **la transformación social como un proceso radical integral**, es decir, como transformación social, económica, cultural y política de la sociedad, en aras de la liberación del grupo humano histórico-concreto de que se trate, en la perspectiva de liberación de la humanidad.

Es en este momento histórico que el socialismo como posible alternativa civilizatoria vuelve al centro de las reflexiones.

Enriquecer y actualizar el ideario socialista

Frente a los que pregonan la resignación esgrimando la ausencia de alternativas, va quedando al descubierto que las alternativas sí existen y se

inscriben en la perspectiva socialista. Cualquier apuesta a favor de la vida –si se empeña en ser consecuente en algún momento tendrá que romper radicalmente con el modelo neoliberal globalizado, es decir, con la lógica del poder mundial y con el poder mismo; no tienen cabida terceras posiciones ni terceras vías dentro de él.

Resulta fundamental reafirmar la vigencia del ideario socialista, concientes de que ello implica a la vez resignificarlo, enriquecer su contenido con las experiencias de lucha de los pueblos de las últimas décadas, con las enseñanzas que arrojan las experiencias revolucionarias del siglo XX y lo que va del XXI, con los avances del conocimiento humano, y la creatividad colectiva de los pueblos. Se trata de un socialismo enriquecido históricamente y culturalmente. Se trata de un socialismo nuevo, radicalmente democrático, comunitario, económico y socialmente sustentable y equitativo, humanista y por ello profundamente liberador; un socialismo que significa y supone por tanto la creación y fundación de una nueva civilización humana.

En este empeño, lo cultural, las subjetividades, afloran a un plano primero y todo ello nos obliga a concentrar nuestras miradas y reflexiones en los y las protagonistas del pensar realizar las transformaciones. Otro mundo será posible si se transforma de raíz, desde el interior de nosotros mismos y el de nuestras organizaciones sociales y políticas, y desde ahora.

Se trata de una larga transición que nace en las entrañas del capital

El socialismo no puede limitarse a corregir las “injusticias sociales” del capitalismo, particularmente mediante la sustitución de la propiedad privada por formas de propiedad colectiva, no puede limitarse a ser una especie de “capitalismo sin capitalistas” sustentando las mismas concepciones en lo que hace a tecnología, organización del trabajo y de la vida social. Para lograrlo, resulta imprescindible pensar la transición como un largo proceso histórico complejo y multifacético que combina procesos de auto constitución de sujetos, de construcción de organización y de proyectos y la construcción de poder desde abajo. Esto reclama pensar la transición hacia él como parte de todo el proceso de resistencia, lucha y transformación del capitalismo. En este sentido, la transición es el proceso mismo que nace desde las entrañas del capitalismo. En tanto se trata de una nueva civilización, la construcción del socialismo supone un largo proceso histórico, proceso que se caracterizaría como señala Samir Amín , “por el conflicto interno en todas las sociedades del mundo, entre las fuerzas y lógicas que reproducen las relaciones sociales capitalistas, y las fuerzas y aspiraciones fundadas en lógicas antisistémicas, anticapitalistas, que puedan preparar el porvenir socialista del mundo.” (3)

Esto reclama nuevas miradas sobre algunos supuestos considerados axiomas de la construcción socialista:

- a) Que la abundancia y la riqueza son premisas para el socialismo.
- b) Que el capitalismo desarrollado sienta las bases para el socialismo.
- c) que la conciencia se transforma “automáticamente” a partir de los cambios en la base económica.
- d) Que en el seno del capitalismo es imposible crear las bases de la sociedad socialista.

Hoy resulta impostergable cuestionar estos supuestos y –cuando menos relativizar “(...) la teoría según la cual el socialismo no puede desarrollarse en el seno del capitalismo, como éste lo había hecho en el seno del feudalismo. “En consecuencia, de la misma manera en que los tres siglos de mercantilismo (1500 1800) representan una larga transición del feudalismo al capitalismo,

durante la cual los dos sistemas coexisten conflictivamente, nosotros podríamos tener que ver con una larga transición del capitalismo mundial al socialismo mundial, durante la cual las dos lógicas –la que rige la acumulación de capital y la que procede de necesidades sociales incompatibles con ella coexistieran en forma conflictiva.” (4)

La transformación social en proceso de transición al socialismo nace en las entrañas mismas del capital, pero no “de” ellas, es decir, no se produce espontáneamente (de modo “natural”) ni por acumulación de reformas parciales. Se trata de un proceso que se construye de forma predominantemente consciente porque la lucha contra la lógica del capital, la construcción de una lógica propia, revolucionaria, y la conformación de un proceso social articulado orientado al socialismo no se produce mágica, espontánea ni mecánicamente. Requiere de la voluntad organizada y la participación consciente de todos los actores sociales cuya actividad cuestionadora y transformadora hace al proceso mismo.

Necesidad de construir el sujeto colectivo de los cambios

La participación y la conciencia de los pueblos no pueden alcanzarse instantáneamente ni por decreto. Hay que construir el actor social colectivo –su conciencia, organización y propuestas , y esto supone procesos yuxtapuestos y múltiples de auto-constitución y auto-construcción colectiva, hacia la (auto)constitución del actor colectivo capaz de pensar y realizar las transformaciones, la acción, o suceso, o manifestación, o fenómeno político social de que se trate en cada momento. Y esto requiere tiempo. No hay sujetos *a priori* (constituyentes) de los acontecimientos sociales concretos en los momentos concretos. Existen sí, sujetos potenciales [*negados*, Hinkelammert], que pueden llegar a constituirse en sujetos sobre la base de su propia intervención en los procesos de resistencia, lucha y transformación de lo viejo y construcción de lo nuevo. En tanto se articulen estas actividades y tendencias sociohistóricas, este proceso deviene a su vez, proceso de autoconstitución y autodeterminación de los actores sociales en sujeto popular (en su articulación constructiva interconstituyente de poderes y proyectos orientadores-definidores del sentido de su actividad y del modo de ese su ser sujetos).

Construir un nuevo modo de vida

La creación y construcción del socialismo, en tanto nueva civilización humana, requiere de **un aprendizaje social colectivo** a través del cual vayan cambiando las formas de vida y se vayan construyendo las nuevas identidades históricas. (5) No hay final distinto del inicio; no hay ser humano nuevo, nueva cultura y nueva sociedad si no hay acumulación de prácticas nuevas radicalmente democráticas y plurales, solidarias, no consumistas, basadas en conductas éticas acuñadas y asimiladas en las prácticas continuas y constantes de resistencia, lucha y construcción de los pueblos durante años.

Como claramente lo ejemplifican experiencias de construcción sociopolíticas como las del Movimiento Sin Tierra, de Brasil, y del Comité para la Defensa de los Derechos Barriales (Copadeba), de República Dominicana, todo proceso de resistencia, lucha y construcción de lo nuevo resulta a la vez un importante proceso pedagógico práctico de formación y desarrollo de la conciencia política de los actores y sujetos políticos. A través de él se va acumulando conciencia sociopolítica que supone organización y poder , como parte de un proceso ascendente hacia objetivos mayores, estratégicos, de transformación de la sociedad en su conjunto. En este sentido, la educación popular –más allá de las consideraciones particulares que pudieran hacerse acerca de sus diferentes

vertientes y experiencias , como concepción político-pedagógica y ética del *otro* en tanto pobre, desposeído y oprimido y su relación con *nos-otros* (los maestros, los políticos), tiene mucho que aportar a la construcción de la conciencia política. Tenemos que apropiarnos de ese caudal de saberes creados y acumulados por nuestros pueblos e incorporarlos definitivamente a las formas de construcción política de conciencia, de organización y de nuevas prácticas solidarias.

La problemática a enfrentar no se limita a lo económico, es integral, multidimensional, multifacética. No es la sociedad la que debe acomodarse a los designios económicos sino a la inversa. Es por ello que todo debate acerca de un mañana diferente y superior de la humanidad, debe partir de la definición de qué tipo de civilización humana, qué tipo de ser humano nuevo queremos. En función de esos parámetros, y considerando siempre como centro del proceso transformador a los protagonistas-responsables de su construcción y desarrollo, se irán buscando colectivamente las respuestas económicas necesarias (y posibles en cada momento) y no a la inversa. El otro camino ya ha sido experimentado por derecha e izquierda y los resultados están a la vista. La lucha contra la enajenación de la clase (y de la humanidad oprimida) no se libra solo en lo económico, ni se resuelve *mecánicamente* transformando la base económico-material de la explotación capitalista; comprende integralmente el modo de vida de la clase (y los seres humanos oprimidos) en las sociedades en que viven. Luchar por la liberación implica construir un modo de vida radicalmente diferente al acuñado e impuesto por el capital mediante su lógica de funcionamiento productivo y reproductivo de relaciones sociales, cultura, pensamiento, identidades... basadas en la discriminación, exclusión, el egoísmo, la explotación. Se trata de construir –desde abajo (desde la raíz)- una sociedad diferente, desenajenante y humana, y ello solo puede ser obra de los sujetos mismos.

Los economistas tendrán que aprender a construir las soluciones paso a paso y colectivamente, es indispensable contar con propuestas y proyectos económicos que orienten cómo se sustentará la construcción de lo nuevo, pero –en cualquier caso estos deben ser abiertos, flexibles, móviles, y reelaborados siempre en debate con el conjunto del pueblo, protagonista capaz de crear, proponer y decidir también en ese ámbito supuestamente reservado a eruditos. Pensando en una futura nueva civilización socialista, resulta fundamental contar con proyectos que permitan la construcción de una nueva racionalidad [Hinkelammert] económico-social productiva-reproductiva, es decir, económica y socialmente sustentable y sostenible. El socialismo no puede limitarse a superar las injusticias materiales evidentes del capitalismo en el orden social mediante la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción. Considerar separadamente lo social y lo económico significa precisamente sostener el enfoque liberal burgués de la economía (y la sociedad).

Las reflexiones acerca del tipo de sociedad que se anhela construir y acerca de la economía que se requiere para sustentarla deben ir articuladas, creciendo histórica y simultáneamente en cuestionamiento y profundización integrales. En ese sentido puede afirmarse que los proyectos económicos deben ser **proyectos de acompañamiento** de las tareas que en cada momento histórico demande el desarrollo del proceso de transformación según las posibilidades y condicionamientos políticos, sociales, naturales y culturales, atendiendo en primer lugar a la defensa y preservación de la vida, a lo que esto significa e implica concretamente en cada caso.

No hay recetas universales, ni un camino, ni un ritmo y un modo únicos de desarrollo del proceso de transición construcción de la nueva civilización humana. En Brasil o en Argentina, por ejemplo, hoy resulta una prioridad

indiscutible terminar con el hambre y con la pobreza debajo de la pobreza (miseria), en Haití también, pero en este caso, la sobrevivencia individual resulta directamente dependiente de la posibilidad de sobrevivencia del país; atender a la sobrevivencia de su población implicaría, por ejemplo, vincularla a la reforestación del territorio, sin la cual es imposible la posibilidad de existencia futura del país y de sus habitantes.

Un profundo cambio ético cultural es indispensable

No hay un después en cuanto a tareas, enfoques y actitudes. A lo largo de todo el proceso se va gestando y construyendo lo nuevo, promoviendo un profundo cambio ético-cultural que resulta, a la vez, basamento para su creación-construcción. Esto reclama la participación consciente y la voluntad de los actores sociales y políticos que hacen al proceso mismo.

Lo nuevo, la sociedad del futuro que buscamos no llegará mágicamente ni de modo externo a los seres humanos que la anhelamos, es (o debe ser) construida cotidiana e integralmente en todos los ámbitos de nuestras vidas, desde abajo, desde la raíz de los fenómenos y procesos de la vida social, fundando y construyendo a la vez, nuevas relaciones sociales (y familiares, y personales) cuyo funcionamiento rompa radicalmente con la lógica del funcionamiento del capital (6). Resulta por tanto, fundante y constituyente de nuevas relaciones sociales (económicas, políticas, culturales, éticas, etc), de un nuevo poder popular revolucionario (democrático, participativo, horizontal, plural, múltiple, diverso, articulador...).

Transformar radicalmente las relaciones de género

En este empeño resulta vital cuestionar y transformar radicalmente las relaciones de género que producen y reproducen la desigualdad, la discriminación, la exclusión y la explotación entre los seres humanos de un modo aparentemente “natural”, desde sus formas primarias de existencia (la familia) hacia toda la sociedad. No puede hablarse de democracia popular revolucionaria (radical) ni de fundación de una nueva civilización humana si se mantiene la opresión de género.

“(…)No hay pensamiento ni propuesta seria sobre la democracia, en lo político, social, ético, económico y cultural, que pueda prescindir de incorporar atravesando su concepción y su propuesta la perspectiva de género. Es decir, que pueda prescindir de una profunda revisión del estado en que se encuentran estas relaciones, de cómo éstas han posibilitado la existencia de un poder discriminatorio y marginador de las mujeres y, a su vez, de cómo esto se ha conjugado con la existencia, desarrollo y fortalecimiento de un poder discriminatorio y marginador de otros sectores considerados débiles dentro de cada sociedad.

La mirada de género acerca de las relaciones sociales entre las clases y entre los sexos es profunda y radicalmente cuestionadora del poder que sobre ellas se levanta, se asienta y se refundamenta y reproduce día a día. Este cuestionamiento condición sine qua non de cualquier intento de modificar con equidad las relaciones entre clases y sexos históricamente establecidas , está en la base misma del enfoque y la propuesta de género. No es posible alterar esas relaciones sin alterar todo lo que sobre ellas y a partir de ellas se levanta. Esto quiere decir que la transformación radical del poder es condición a la vez que objetivo de las luchas de género, y viceversa: las luchas de género son o deben ser parte de las luchas por la transformación del poder.” (7)

II. Elaborar estrategias concretas para frenar la barbarie actual

El acoso voraz de la irracionalidad del mercado hacia la humanidad impone superar los horizontes y límites del pensar-actuar revolucionarios,

concretamente, en lo referente a la necesidad de atender los problemas y demandas urgentes de la sobrevivencia humano-natural, conjugándolo simultáneamente con procesos de construcción de un proyecto estratégico orientado hacia su superación radical en un nuevo tipo de organización social. No puede pensarse lo estratégico por un lado y lo coyuntural por otro, vida-muerte es el límite que impone que no es posible cerrar los ojos, que la vida se juega ahora y que es ahora cuando hay que responder por ella. Y ello obliga a pensar estratégicamente en la sobrevivencia y a sobrevivir estratégicamente (y no es un juego de palabras).

Encontrar o construir puentes para resolver los problemas urgentes inmediatos de sobrevivencia exige que en los ámbitos nacionales se empeñen esfuerzos tendientes a conformar una suerte de *frentes nacionales populares* a favor de la vida, sobre la base de una amplia política de alianzas entre los sectores y actores sociopolíticos, lo que, a su vez, implica asumir propuestas de defensa y construcción (o reconstrucción) de la soberanía nacional. Estos procesos y los proyectos sociopolíticos que los sustentan aunque en su mayoría pueden inscribirse dentro de lo que Samir Amín define como una larga transición hacia el socialismo, no necesariamente tendrán una proyección socialista.

Estar atentos al advenimiento de la posibilidad u oportunidad

Pueden presentarse incluso, acontecimientos favorables para la apertura hacia posibles procesos de transición, es decir, procesos no intencionalmente previstos o planificados por algún actor político-social, sino que se presentan, simplemente, producto del curso de la dinámica de la correlación de fuerzas en pugna en los ámbitos local y regional, y de su coincidencia espacio-temporal con la trayectoria de las tendencias predominantes del movimiento social espontáneo, originando así el instante explosivo, la oportunidad histórica, que permite su emergencia o irrupción en la superficie social. Dichos procesos, más que constituir ellos mismos una transición, resultarían apenas una especie de transición hacia la transición, una *posibilidad* hacia ella.(8)

Una *posibilidad para crear condiciones para caminar hacia* una perspectiva de transición, es decir, una *oportunidad*. Esta oportunidad no es la que emerge de un proceso preparado de antemano, no es el resultado directo de la acumulación orgánica –como sería el caso, por ejemplo, de la llegada de Lula a la Presidencia de Brasil, sino simplemente *algo que sucede* producto del movimiento social que, en medio del caos de innumerables luchas y tendencias en disputa, sin esperar a que maduren las fuerzas que se forman en su seno, transforma la tendencia o fuerza predominante en *oportunidad* histórica.(9)

La coyuntura que emana de allí abre al campo popular las ventanas a la posibilidad de imprimirle un sentido propio al curso de los acontecimientos, orientándolo hacia posibles procesos ulteriores de transición, pero no afirma siquiera la posibilidad misma, es decir, no asegura que ello sea posible. Indica que la disputa tiene un terreno favorable para desplegarse. Indica la apertura de un período en el que es posible fortalecer las fuerzas propias, ampliar la capacidad de comunicación y diálogo con las mayorías, consolidar las organizaciones, y construir propuestas concretas que favorezcan la profundización de la posibilidad hacia la apertura de un proceso claramente orientado hacia una transición de carácter socialista.

No existen garantías de éxito. La ambivalencia de las oportunidades que se abren o que podrían abrirse indica precisamente que los resultados pueden conducir a

situaciones mucho peores que las iniciales, pues las variables que intervienen son múltiples y dinámicas: económicas, políticas, culturales... y los desafíos enormes. Pero tendremos que aprender a convivir con la incertidumbre, las ambivalencias y los riesgos.

En política, esto exige superar los conceptos finitos, acabados y cerrados, trabajar con conceptos abiertos, no terminados, transformar de última la concepción reduccionista positivista acerca de la verdad y la práctica. Pero nuestra estructura de pensamiento fue construida con fundamentos lineales, unidireccionales y unidimensionales, estáticos y dicotómicos. El concepto de estrategia, por ejemplo. En los años 60-70, parecía que de la definición de una estrategia correcta (científicamente argumentada) dependían –en lo fundamental– los aciertos políticos y el logro de la victoria. Sin embargo, la experiencia demostró que ello no era razón suficiente... Porque las estrategias no son en sí mismas la posibilidad del cambio, sino una puerta abierta hacia ellos.

Las estrategias solo pueden ser proyectos no terminados, insinuaciones prácticas que contribuyan a impulsar procesos, a orientar nuevos pasos, pero es necesario actualizarlas y enriquecerlas constantemente abriéndolas a las experiencias y posibilidades de la vida, de las luchas, de las construcciones y la creatividad sociales (10). El proceso de lucha, transformación y construcción de la sociedad reclama como imprescindible poder ultrapasar sus propias fronteras, en caso contrario irá enflaquecido y terminará ahogado por ellas.

Los caminos son abiertos; tenemos que estar abiertos también y dispuestos a ver los procesos que los pueblos pueden inventar y construir a partir de su imaginación, empeño, fuerza y voluntad. Asumir esto es parte de las tareas fundamentales que es necesario encarar en el orden cultural y, en particular, en el pensamiento. Sin ello, hablar de nuevo pensamiento estratégico será pura retórica, incapaz de trascender el ámbito de las poses revolucionarias.

III. Construir un nuevo tipo de poder y democracia

La transición contiene también a los modos, los ritmos y los alcances de las transformaciones que van gestando esa nueva sociedad, y a las nuevas formas de conformación y articulación del Poder que de ella emergen, es decir, de los poderes sociales que van modificando la relación existente entre sociedad-poder-estado, y sentando las bases democrático participativas para nuevas modalidades y relaciones entre ellos.

La cuestión de fondo, la transformación social, no se agota (no se resuelve) con la “toma del palacio de invierno”, pero tampoco renunciando a la disputa con el poder y a la imprescindible construcción simultánea de contrapoder popular. Cambia la lógica: no se trata de “todo o nada”, tomar el poder y subordinar a ello todas las demás tareas y necesidades, sino de articular las luchas diarias por lo inmediato reivindicativo con procesos más amplios de transformación de la sociedad, teniendo siempre presente que ello implica a los actores-sujetos que la hacen posible transformándose a sí mismo en ella y mediante ella.

Pensar el Poder desde nuevas bases y desde nuevas articulaciones y relaciones sociales se transforma en una necesidad del desarrollo de la participación de la sociedad hacia formas superiores de intervención y protagonismo político.

Resulta conveniente recordar que:

1. En el proceso de acumulación se gestan los saltos –visibles o no-. La construcción de poder desde abajo estimula los saltos cualitativos y se apoya en ellos para su consolidación, ampliación y desarrollo.
2. Los actores políticos del campo enemigo también actúan y acumulan; hacen y harán todo lo posible para frenar o abortar los procesos de

acumulación cuando intuyan que son –o podrían llegar a ser una amenaza para sus intereses.

La relación entre socialismo, democracia y lucha contra la enajenación resulta un aspecto de primer orden a atender, por ser un articulador casi natural del proyecto, los sujetos y el tipo de poder en construcción.

Cuando reivindicamos la democracia no nos referimos a una democracia de los otros ni para los otros, sino a una democracia revolucionaria. En ese sentido es que apelamos a las nuevas prácticas desarrolladas por los actores sociopolíticos, para que inspirados en ellas , puedan irse ejerciendo y desarrollando en todos los ámbitos de nuestro quehacer.

Luchar integralmente para poner fin a la enajenación

En la perspectiva del proceso de transición al socialismo, la lucha contra la enajenación postulado inicial y fundante del pensamiento revolucionario de Carlos Marx , está presente integralmente en los distintos ámbitos del proceso transformación social, abarca todos los órdenes de la vida socio espiritual de las personas.

Las revoluciones socialistas realizadas hasta ahora más allá de los señalamientos críticos que se formulen , fueron un intento serio de eliminar la enajenación económica, y en cierta medida, en algunos aspectos, lograron avances respetables. En otros planos, por ejemplo, en lo cultural social, esta lucha fue apagándose cada vez más en la medida que más se alejaba de lo económico material. En ello influyeron fuertemente razones de orden político articuladas a concepciones mecanicistas que soslayaron la necesidad de (auto)transformación del mundo espiritual de la clase y sectores sociales populares, librándolo a la acción (automática) de los mecanismos económicos. En declaraciones, el ser humano era el centro de la revolución, pero en los hechos reales, lo era la economía [¿causa?], el conjunto del plan, la planificación y las metas por cumplir. Así, los hombres y las mujeres “nuevos”, en vez de construirse con protagonismo y participación consciente y creciente en las transformaciones (auto-constitución y autotransformación), serían el “resultado” [¿efecto?] de las transformaciones económicas logradas –supuestamente- a partir de la existencia de la propiedad social sobre los medios de producción.

Los resultados de tal concepción atrajeron la mirada del mundo junto con la caída de las piedras del muro de Berlín. Ni hombres ni mujeres nuevas, ni sistema socialista de producción material y espiritual de la vida social; el Estado lo había invadido todo, tergiversando el postulado originario. En su extremo afán de afirmación y conservación buscó subsumir en él incluso las lógicas de la vida cotidiana y doméstica, distorsionándolas, y desarrollando nuevas formas de opresión de los seres humanos a través de ellas. Donde esto se hizo quizá más notorio fue en el ámbito político, por la escasa o nula participación y posibilidad de expresión política de sus ciudadanos y ciudadanas.

Reconocer y profundizar los derechos ciudadanos individuales y colectivos

Con mecanismos político autoritarios, centralistas y verticalistas, en las experiencias socialistas, de un modo u otro, se abrieron paso posiciones conservadoras con argumentos supuestamente revolucionarios que no toleraban la más mínima crítica u opinión diferente, que clausuraban cualquier aporte procedente de las bases. Poco a poco la arbitrariedad fue ganando terreno como forma de “gobierno” (en realidad debería hablarse de administración estatal), y se fue ensanchando la brecha inicial entre el partido (la vanguardia) y el resto de la ciudadanía la clase obrera y todo el pueblo socialista–, hasta hacerse insalvable.

Esto se tradujo en una retrotracción –de hecho de los derechos ciudadanos conquistados a través de la historia y, por tanto, en la imposibilidad no solo de su desarrollo a un plano superior, sino de su ejercicio real en el terreno individual o colectivo.

Por un lado, le fueron arrebatadas al pueblo de sus manos y de su conciencia las decisiones sobre el contenido de las transformaciones, sobre los pasos a seguir, los esfuerzos a entregar, y las decisiones sobre el curso del proceso revolucionario mismo.

Por otro y anudado a lo anterior se abrió paso la imposibilidad de ejercer los derechos civiles ciudadanos individuales, por ejemplo, las limitaciones a las iniciativas individuales y grupales en la economía, las limitaciones o arbitrariedades respecto a la propiedad personal, la escasa disponibilidad y acceso a equipamiento electrodoméstico capaz de aligerar la carga familiar, particularmente de las mujeres, la propagación del falso igualitarismo, etc. Por ese camino se produjo un creciente alejamiento y un ajenamiento de lo que debió haber sido apropiación. La alienación política heredada lejos de disminuir tendió a incrementarse, llegando a provocar en algunas experiencias del socialismo real un quiebre total entre el régimen político, la vida de los dirigentes y la del conjunto del pueblo, sus aspiraciones, anhelos y necesidades.

Se instaló en las sociedades la convicción de la imposibilidad de movilidad social y la falta de perspectivas y esto, de conjunto, contribuyó a la formación de sentimientos crecientes de insatisfacción, instalando de modo generalizado la sensación de inferioridad, frustración y de opresión. El capitalismo se apropió lentamente de la fantasía de las personas y de sus sueños con un modo de vida mejor. A ello se dedicaron grandes esfuerzos y recursos desde los centros del poder mundial del capital, eso está claro, pero ello no invalida el hecho de que – desde dentro de las experiencias socialistas acontecieron deformaciones y arbitrariedades como las mencionadas. Es necesario reflexionar sobre ello crítica y superadoramente, con visión de futuro, de un futuro de felicidad que está todavía por construir colectivamente. Porque eso representa el socialismo: la posibilidad de la felicidad.

Prácticas como aquellas no deben repetirse, pero para ello, además de reflexionar sobre lo ocurrido, tenemos que estar atentos y actuar consecuentemente. Un paso imprescindible en tal sentido, consiste en incorporar plenamente a la gesta emancipadora la lucha por la democracia, por el derecho a las diferencias y a lo diferente o, lo que es lo mismo, por el respeto a los derechos individuales, considerándolos también parte sustancial de la lucha por la liberación humana, es decir, por la eliminación de todo tipo de enajenación, particularmente la enajenación política (de amplio espectro socio cultural). Es imprescindible hacer de esto un componente central de todo el proceso de transición hacia las sociedades socialistas futuras, concientes de que éstas se construyen a cada paso, en cada resistencia, en cada lucha, en cada organización social, política, reivindicativa, etcétera, en nuestros ámbitos de vida comunitaria y familiar, y en cada uno de nosotros.

Para ello resulta central desarrollar formas de participación consciente (y creciente) de los distintos sectores y actores sociales en cada etapa del proceso, a la vez que incorporar las que nazcan de su ingenio y creatividad en las luchas y construcciones.

Correspondencia entre medios y fines

Hay resulta frecuente escuchar, por ejemplo, acerca de la necesidad de apelar a la participación popular para buscar soluciones estables a los problemas.

Generalmente se enfatiza en la participación en la gestión, en los modos de efectivización de decisiones tomadas en otras esferas, pero son escasos los ejemplos de participación popular en la toma de decisiones. Y es fundamental insistir en ello para profundizar la democracia. Pero además, para fortalecer su radicalidad crítica, es vital contemplar también –y con fuerza la participación popular en el control de los resultados, en el control de todas las gestiones, decisiones e instituciones colectivas, sectoriales, sociales, económicas, o políticas. No pocas veces se apela al control popular para ser ejercido a partir de determinados niveles jerárquicos hacia abajo, o sea, excluyendo de él a las máximas direcciones políticas, de instituciones del Estado o gobierno. Estas serían –en tal caso las que llamarían al control popular limitándolo a los niveles intermedios y de ahí hacia abajo. Por esta vía quedan abiertos los caminos y las posibilidades de manipulación política de los sectores populares y el oportunismo de arribistas y burócratas siempre dispuestos a “hacerle el favor” a algún funcionario de turno en aras de su propio escalamiento jerárquico partidario, estatal o gubernamental.

La democracia de nuevo tipo debe tender a instaurar el control popular pleno, auténtico y coherentemente soberano. En caso contrario los procesos futuros de transformación no quedarán exentos del acecho de despotismos, autoritarismos, personalismos, nepotismos, etc. Comenzar desde ya y desde abajo a construir esa nueva cultura de responsabilidad colectiva, es parte importante de la lucha contra la enajenación político social de quienes serán los nuevos hombres y las nuevas mujeres.

Democracia radical en todos los ámbitos de la vida social familiar e individual donde existan relaciones de poder, equidad de género en primer lugar, pluralismo, respeto a las diferencias y a los diferentes, desarrollo pleno de la participación popular resultan –entre otros , elementos estructuralmente articulados a las aspiraciones a un nuevo tipo de sociedad y a la concepción de la construcción de poder desde abajo. Y esto indica una interdependencia radical entre ellos, parte de la génesis de lo nuevo que va haciendo realidad y exigiendo coherencia entre medios y fines. No puede dejarse para mañana.

Redefinir la política y quiénes la hacen

La articulación de las luchas por la defensa de la vida y la construcción de una nueva civilización humana, orienta y define hoy los sentidos y contenidos de la política y lo político, las alternativas, los proyectos transformadores, y quiénes los diseñarán y harán realidad. En esta perspectiva la política es y solo puede ser ámbito y responsabilidad de mayorías.

La defensa de la vida no es patrimonio de nadie, compete a todos y todas. Sobre la base de la participación político-social de las mayorías, la acción política debe orientarse a concentrar esfuerzos destinados a la construcción de las articulaciones y las herramientas organizativas, proyectivas, culturales, necesarias para hacer posible que el anhelo de sobrevivencia colectivo –que a mediano y largo plazo supone la transformación-superación radical de las sociedades regidas por el capital- sea una realidad.

El eje de la construcción se traslada de las vanguardias a los pueblos. Para la izquierda, esto supone replantearse la construcción de proyectos políticos concretos desde nuevos parámetros, capaces de atender –en lo inmediato- las urgencias de la sobrevivencia humano-natural, integrándolos en un proceso mayor, complejo multifacético y prolongado de transición orientado a la creación y construcción de transformaciones encaminadas a la creación de una nueva civilización humana socialista.

Son las tareas las que definen los actores-sujetos, el proyecto y los instrumentos. Resulta entonces necesario también –en función de lo anterior re-construir el ámbito de lo político, en particular el tipo de organización política. Ésta debe resultar apta para tender los puentes que articulen a los actores sociales fragmentados, sus problemáticas y aspiraciones, recreando el ámbito político, haciendo de la política una actividad colectiva, protagonizada por el pueblo. Rearticulado como actor político fundamental, (auto)constituido en sujeto popular, el pueblo es el único capaz de llevar adelante la colosal tarea político-cultural de cambiar de raíz y desde adentro –local y mundialmente- los destinos actuales de la humanidad, avanzando hacia una nueva civilización, la civilización socialista re-creada por todos. Y es esa gran tarea político-social la que tiene que ser organizada, orientada y estimulada desde las organizaciones políticas; esa es una de las labores de conducción estratégica que deben desarrollar.

Hasta hace poco, las lógicas predominantes del pensar actuar revolucionario erigían un muro insalvable entre lo cotidiano y lo político, entre lo reivindicativo social y lo político general, y contraponían un ámbito con otro, sus problemáticas y sus actores. Y por tanto, también respecto de la construcción de soluciones posibles, de propuestas, respecto de las resistencias y las luchas, de los modos de organización, y las capacidades y la conciencia de los actores protagonistas. La fragmentación y estamentación de la sociedad se interpretó como el modo de existencia de la totalidad, y por la misma vía se intentó su reconstrucción (método puzzle).

En ese contexto la política era considerada un estadio jerárquicamente superior respecto de las prácticas de las luchas sociales y la conciencia en ellas construida. Contraponiendo lo social a lo político, se pretendía que tener conciencia política implicaba el abandono de lo reivindicativo para dedicarse a la militancia político partidaria. Esta era –supuestamente- la única vía para superar la conciencia economicista alienada y la enajenación en sentido general, pero se transformó en un camino de despojo de responsabilidades y protagonismo de la clase obrera, y de todo el pueblo, por parte de los partidos “de vanguardia”, profundizando la enajenación político-cultural.

Se trata de simultanear espacios, de articular una multiplicidad de ámbitos, problemáticas, tareas y actores-sujetos de la transformación en un proceso colectivo de madurez de la conciencia política, que es a la vez saber, organización, imaginación, propuestas, acción, poder (11). La articulación de lo reivindicativo y lo político, además de lo ya mencionado, traza un camino concreto de lucha contra la alienación política y por la democratización de la participación político-social protagónica los diversos actores sujetos. Con esa potencialidad, pensar en un nuevo tipo de Poder social de la sociedad, deja de ser una especulación o una pose intelectual de unos pocos elegidos, para transformarse en una necesidad del tránsito desarrollo hacia formas superiores de organización de la sociedad.

Construir un nuevo tipo de organización política

Estos planteamientos cuestionan radicalmente las hasta hace poco prevaletes concepciones de la vanguardia política, del partido político como única expresión y representación política válida de los sectores sociales y de las relaciones políticas entre ellos.

Cada día se abre paso con fuerza creciente la necesidad de fundar un nuevo tipo de organización política –sociopolítica, no tengo ahora un término más adecuado , con nuevas formas de organización de las bases –a partir de la participación

general individual o colectiva en las propuestas, en las decisiones, en las ejecuciones, que abra paso a la fructificación de la fantasía, creatividad e iniciativa de los pueblos.

Esto habla también de un nuevo tipo de militante, que en vez de limitarse a llevar las ideas y propuestas del partido hacia la población en el supuesto de que ella es solo “fuerza material de realización de las ideas-verdades del partido” , sea capaz, no solo de invertir dicha lógica, sino también de concertar voluntades, abrir los espacios a las mayorías, conciente de que los desafíos reclaman su involucramiento pleno. Como señala Joao Pedro Stédile, referente del Movimiento Sin Tierra, de Brasil: “ ...es necesario hacer trabajo de base, lo que significa para la militancia social dedicarse a hacer trabajo de base y de organización nuclear del pueblo. Necesitamos colocar nuestras energías para ir hacia donde el pueblo vive y trabaja, y organizarlo. (...) Sin organizar al pueblo no se va a ningún lugar, y muchas veces [parte de la militancia] se ilusiona con eternas reuniones de cúpula o meros discursos explicativos acerca de la coyuntura.” (12)

Es imprescindible abrir espacios, empeñarnos de un modo consciente y voluntario en construir desde abajo, convocar a sectores y actores sociales diversos a la construcción de ámbitos sociopolíticos de gestión local, nacional y regional de lo político y la política, encaminados a construir una conducción política plural que reúna a los diversos actores sociopolíticos del proceso de transformación social, articulados orgánica y horizontalmente.

Construir y desarrollar prácticas y relaciones horizontales en lo organizativo, en el pensamiento y en la acción, resulta un componente de suma importancia, sobre todo si tenemos en cuenta que el proceso de construcción orgánico-política comprende también la formación de una nueva mística, que se fortalece y fructifica cuando entre la forma de organización, funcionamiento y prácticas de conducción entre la dirección y en las bases , no existen diferencias de principios. Y esto se articula con el reclamo generalizado e imprescindible de democratización de los diferentes espacios, entre ellos, el de la toma de decisiones, el de la dirección de los procesos. Con conducciones elitistas y autoritario verticalistas es imposible construir organizaciones basadas en criterios democráticos de participación desde abajo. Y esto, aunque cueste admitirlo, es aún parte de los obstáculos que existen en la relación entre los partidos y organizaciones de la izquierda tradicional (nueva o vieja) con las organizaciones sociales (y viceversa). Pero esta situación no se revierte solo con palabras; es necesario transformar de raíz el contenido de la política, ampliar su ámbitos y sus formas de hacerla, es decir, también sus organizaciones, sus modos de representación.

El rechazo a las propuestas vanguardistas o neo-vanguardistas (la vanguardia se reparte entre varios partidos que se agrupan), los planteamientos de horizontalidad en las relaciones de organizaciones políticas y sociales, y como la promoción de ámbitos multidisciplinarios o multisectoriales, apuestan a construir instancias colectivas de conducción del proceso socio transformador. Está claro que sin dirección política consciente y organizada de los procesos sociales no logrará articularse un proceso permanente de transformación de la sociedad. Pero nadie se constituye en dirección política por el solo hecho de desearlo (13). La conducción política precisa construirse colectivamente, y esto supone: el desarrollo de un proceso de construcción creciente de protagonismo de los diferentes actores sociopolíticos, la realización de experiencias organizativas y sociopolíticas concretas, y de la maduración de voluntades de articulaciones entre ellos.

De ahí que sea importante atender *cómo* estas tendencias a una dirección colectiva se van manifestando y ejerciendo en las prácticas actuales de resistencia, lucha y acumulación, atender *cómo* se llevan a cabo las articulaciones multisectoriales, sobre qué bases, y preocuparse por construir –a partir de allí formas y vías democrático participativas colegiadas, plurales, abiertas a la vida y al protagonismo real y creciente de los diversos actores sujetos de las transformaciones.

Esto reclama también resignificaciones en la concepción de la unidad, supone revalorizar el derecho a la diferencia atendiendo a las nuevas dimensiones que la diversidad de actores, de identidades y de problemáticas le imprime a la necesaria unidad, enriqueciéndola y proyectándola hacia nuevas figuras y modos de organización sociales, políticas, culturales e ideológicas. Esto resulta clave tanto para las prácticas concretas de construcción como para la construcción del nuevo pensamiento de la transformación social. Constituye, por ello, parte de los actuales desafíos.

IV. Instalar otro imaginario social

El desarrollo de valores como la solidaridad social e individual resulta vital para construir una sociedad (y un mundo) sin sectores desamparados o excluidos, sin relaciones discriminatorias y discriminantes, basado en la equidad de género, razas, escogencia sexual, culturas, en la igualdad de oportunidades, en la justicia social, etc. Como sustrato del nuevo tipo de relaciones sociales y de la nueva sociedad que se quiere construir, el desarrollo práctico de estos valores resulta parte sustantiva del proceso de resistencia lucha transformación construcción.

En él se irá creando e instalando otro imaginario social, que no llamo paradigma porque es mucho más que eso, exige más y supone más. Hasta hace poco, ese imaginario se resumía en el socialismo real; hoy afirmamos la vigencia del ideario socialista, pero sabemos que el socialismo que viene será obra de la creación, fantasía y empeño colectivos, hemos aprendido que se trata de un sistema social abierto en jaque y desarrollo permanente, que –para ello necesita enriquecerse con la crítica creativa y práctica de los pueblos.

La coherencia entre medios y fines, la creación y construcción de modos de vida diferentes a los del capital en territorios concretos, que instalen la solidaridad como base de las relaciones humanas en la vida comunitaria y familiar, en las organizaciones sociales y políticas, contribuirá a darle un fundamento material y espiritual a nuestro ideario socialista y a nuestras luchas para construirlo. Sabemos que no es posible alcanzar plenamente formas superiores de vida social, de modo aislado y bajo el predominio de la lógica perversa del capital, pero sí avances sustantivos en tal dirección. Estos constituyen reservorios de esperanzas y surcos donde se fortalecen las voluntades para avanzar en el proceso de la larga transición. Ella reclama precisamente empeñarnos en construir paso a paso lo nuevo con coherencia y transparencia entre el modo de vivir y el de actuar. En un mundo dominado por el capital, que contrapone cada vez más esquizofrénicamente el modo de pensar con el de actuar, lo que se dice con lo que se hace, que propugna la estafa como valor de toda relación social, ser coherentes, estimular relaciones solidarias y de respeto entre los seres humanos no resulta un detalle menor, al contrario, es alimento de la fantasía, del deseo y la voluntad colectivas, fuente de energía y fuerza para continuar.

Disputarle los sueños y la fantasía al capital

Tenemos que construir nuestro mundo espiritual e ideal rodeándonos de nuestras propias hadas y duendes, no rendirnos ante los decadentes centros comerciales que estimulan nuestra subjetividad y pensamiento para manipularnos en aras de convertirnos en “animales de consumo”.

Tenemos que construir nuestros *escudos de fantasía* que –elevándonos nos tornen inmunes a los espejismos del mercado, y que a la vez actúen como brújulas que orienten nuestros pasos en dirección a la nueva civilización. Hacia ella en larga marcha nos proyectamos individual y colectivamente, adelantándola en nuestras prácticas la imaginamos siempre mejor, y en esa imaginación nos inspiramos para estimular nuestros deseos y sueños y atizar la voluntad para realizarlos.

Ser millones

Tenemos que ser millones; conquistar la cabeza y el corazón de millones y millones de seres humanos. Solamente cuando la aplastante mayoría de la población en cada uno de nuestros países comprenda la mentira y el fraude del capitalismo para con sus propias vidas, cuando descubra la trampa mortal a la que los ha conducido mediante engaños, tendrá deseos de explorar nuevos caminos. Y es nuestra responsabilidad ir mostrándole algunas perspectivas posibles, a través de nuestras prácticas nuevas, del desarrollo de relaciones solidarias, ir invitándolos a compartir y crear juntos ese modo de vida nuevo profundamente humanista, socialista.

En este empeño es fundamental preocuparnos por modificar nuestras modalidades de trabajo político militante, generalmente concentrado en la difusión del periódico de la organización, en la participación en las reuniones, en las asambleas y en los congresos... Esto hay que hacerlo, no lo rechazo, solo que no basta, es apenas el comienzo de las tareas; el problema actual es de tal magnitud que no basta con la movilización de las vanguardias o los activistas. Hay que llegar a convocar a los millones que no están. En este empeño, considero tarea de primer abrir nuestro campo de acción política ideológica a los medios de comunicación masiva, crear medios propios siempre que sea posible, apelar a la Internet y otras modalidades, videos, CD educativos, radio, novelas, desarrollar expresiones artísticas teatrales, danzarias, musicales, etc. La batalla actual por la conquista imperialista del mundo s



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.



